

diplomático en Londres, don Francisco Antonio Pinto, en que autorizaba á éste para presentarse ante la corte de Madrid á fin de representar sus derechos, para proceder según el estado político de la España, agregando que, á pesar de los conceptos equívocos que aquella envolvía, Chile estaba resuelto á ser libre á toda costa, y que mientras más conocía sus derechos, más odiaba la esclavitud (39). Expirado el plazo para la evacuación del territorio por las tropas realistas, el director Lastra se dirigió al director Posadas, y al paso de justificar la demora manifestábale su recelo de que las estipulaciones no se cumplieren por parte de los españoles, y le informaba, que su enviado en Buenos Aires, que lo era Infante, le instruiría reservadamente de su pensamiento, pidiéndole, para arreglar á él sus proceder, encargara á su agente en Londres, el señor Sarratea, averiguase la opinión de las cortes europeas á su respecto (40).

Cuando se hizo conciencia general, que el pacto de Lircay estaba de hecho roto, el gobierno chileno dió una explicación más franca al enviado argentino, quien la aceptó, tomando las cosas como venían. « Estoy informado de » buen origen, decía Passo, que no fué de seria intención el » ánimo de este gobierno en la conclusión de los tratados, » sino un medio adoptado para salvar del apurado conflicto » al país, amenazado de perderse. El mes de plazo para eva- » cuar el territorio es cumplido con exceso, y no solamente » no se satisface á esta principal condición, sino que por el » contrario se conservan las tropas enemigas ocupando toda

(39) Carta oficial del Director Lastra al Director Posadas de 3 de junio de 1814. M. S. aut. « Papeles de Posadas » en nuestro archivo.

(40) Estas dos comunicaciones, que fueron interceptadas por los españoles, encuéntrase en un manifiesto de Osorio, publicado en folleto bajo el título de: « Conducta militar y política del general en jefe del ejército » del rey en oposición con la de los caudillos que tiranizaban el reino de » Chile », ps. 16 y 17 (en la nota 3).

» la provincia de Concepción, incluso la ciudad de Chi- » llán » (41).

Como se vé, la política vacilante del Gobierno de Chile, tímida al principio, candorosa después, y doble al fin, se dejaba arrastrar por acontecimientos que no dominaba ni preveía, fluctuando entre corrientes encontradas en que fatalmente debía naufragar. En esto había venido á parar la dictadura de Lastra, que después de arriar la bandera de la revolución, no servía ni para la paz ni para la guerra. Por un fenómeno que se repite en las situaciones confusas de la vida de los pueblos, la misma opinión flotante que había aconsejado los tratados, se volvía contra ellos, y el espíritu público se manifestaba más vigoroso que nunca (42).

## XII

Rota de hecho la alianza argentino-chilena, aun cuando secretamente se tratara de mantenerla por una y otra parte en previsión de lo que pudiera sobrevenir, los Auxiliares Argentinos se retiraron del ejército en campaña y se reconcentraron en Santiago por orden del director Lastra (43). Al día siguiente de su llegada, estalló una sublevación de cuartel, que restauró la dinastía de los Carrera (22 de julio). Éstos, explotando el descontento público, trabajaron algunos cuerpos de la

(41) Ofi. de Passo al Gob. argentino de 14 de junio de 1814. (M. S. del Arch. Gral.)

(42) En un ofi. del coronel M. Balcarce al Gobierno argentino de 11 de mayo de 1814, le dice lo siguiente: « El espíritu público se ha aumentado de resultas de la transacción, y si los tratados no llevan por objeto » sino salir de apuros y ganar tiempo para prepararnos mejor, el pue- » blo lo considero ahora más bien dispuesto que nunca para volverse á » empeñar en su independencia ». (M. S. del Arch. Gral.)

(43) Ofi. de fha. de 16 de julio de 1814. (M. S. del Arch. Gral.)

guarnición, y á la cabeza de ellos, se proclamaron á sí mismos salvadores de la patria, ofreciendo al pueblo convocar un Congreso « para perfeccionar los movimientos de su infancia » civil » (44). Respecto de la situación general del país, guardaron tímido silencio, sin dar más razones para la variación, que « las persecuciones de que eran víctimas, » insinuando que « la libertad naciente no era inconciliable con los deseos » de la paz y que los pactos que la reglaban no dejarían á « Chile en la oscuridad de su antigua servidumbre. » Esta repentina reaparición estaba prevista por todos. Excluidos los dos hermanos José Miguel y Luis de los beneficios de la recíproca libertad de los prisioneros, pactada por un artículo secreto de los tratados de Lircay, debían ser trasportados por mar á Valparaíso, de donde el gobierno se proponía enviarlos al extranjero, con una representación pública ó con medios suficientes para subsistir. En el intervalo, fugaron de su prisión de Chillán, y ocultos en la capital, burlando las persecuciones del gobierno, tramaron la sublevación militar, en la que don José Miguel desplegó más habilidad que en sus campañas contra los enemigos de su patria. En seguida organizóse una Junta provisional de gobierno, por el voto tumultuario de un Cabildo abierto, de la que Carrera se hizo nombrar presidente.

La nueva revuelta de Carrera, habría tenido razón de ser como revolución, ó por lo menos un colorido patriótico, si su programa hubiese sido reaccionar contra la política del gobierno que derribaba, romper los tratados de Lircay y proclamar valientemente la guerra, que en esos mismos momentos O'Higgins desengañado estaba dispuesto á recomenzar. Lejos de eso, su primer acto administrativo y su primer bando político fué para confirmar el franco comercio con el

(44) Manifiesto de 25 de julio de 1814, en ofic. de 4 pp. reproducido en el núm. 66 del « Monitor Araucano ».

virreinato del Perú, en virtud de las estipulaciones del tratado de Lircay, que aun no había sido rectificado por el virrey, y exhortar al pueblo al silencio en nombre de la razón y las conveniencias de la paz celebrada, en la seguridad de su duración (45). Desde entonces todos pudieron convencerse que la misma ambición egoísta de otro tiempo, era la que lo había movido á escalar nuevamente el poder, sin ninguna idea salvadora en su cabeza ni una resolución valiente en su corazón. Era el mismo de siempre, en cuyas manos todo debía perderse: congreso, ejército y revolución.

En medio de esta política sin objetivos, observaba la misma conducta sigilosamente doble de su antecesor, y en nota reservada decía al Director del Río de la Plata, dándole cuenta de su elevación: « Nos prometemos que esta » innovación estreche la alianza de que nos gloriamos con » ese heroico pueblo, y que por ahora reservará esta comunización hasta que la política pueda asegurarse con relación á los tratados de paz celebrados por el enemigo. Las » circunstancias no permiten otras individualidades que detallaremos oportunamente » (46). Poco después de estas protestas, los Auxiliares Argentinos eran ignominiosamente expulsados de la capital, á causa de haber asumido una actitud prescindente en el movimiento y su jefe era conminado en estos términos: « Usted no puede ser neutral, » oficiaba Carrera á Las Heras, « cuando se trata de sostener al gobierno, y entiendo mal el decoro de las armas de » su gobierno con separarse de la defensa que le incumbe, y » sólo le es prohibido formar partido con facción que atente

(45) Véase Barros Arana: « Hist. de la Indep. de Chile, » t. II, p. 448.

(46) Nota de la Junta de Chile al Directorio Supremo de las P. U. del R. de la P. de 23 de julio de 1814, firmada: José Miguel Carrera — Julián Uribe — Manuel Muñoz y Urzua — Bernardo Vera, secretario. » (M. S. del Arch. Gral.)

» á su autoridad » (47). Esta conducta, sin embargo, respondía á la que los Auxiliares Chilenos de 1811 en Buenos Aires habían observado en circunstancias análogas. Triunfante la revolución de 8 de octubre de 1812, de que hemos dado cuenta antes, los penquistos, que ocupaban la Fortaleza, se negaron á franquearla al nuevo gobierno, no obstante su instalación procedente del voto de un cabildo abierto hasta que les fué presentado el acta del pueblo, « cuya soberanía dijeron exclusivamente reconocer en su calidad de » auxiliares » (48). O'Higgins á su vez los exhortaba á mantenerse neutrales, « sin intervenir en las divisiones internas, » en cuanto no fuese asequible su unión con sus compañeros » de armas del Membrillar » (49). Las Heras, sin perder su serenidad, contestaba á Carrera : « Sindicado ayer de parcialidad á V. E., y notado hoy por V. E. de adhesión á » una parcialidad contraria, nadie ha debido ofenderse de la » neutralidad con que, pronto á todo servicio del Estado, » sólo he tratado de prescindir de sus cuestiones domésticas. » Ni puede V. E. hacerme un deber de decidirme á sostenerle por la fuerza, que á hacer tal, debería haberme » antes empeñado en sostén del gobierno anterior, y entonces no se me haría este cargo. Mero espectador en » aquella escena, lo debería ser igualmente en ésta, si la » retirada no me separara antes del desenlace de la acción » en que la presencia de mi tropa podría haber tomado » un papel importante á la protección del orden y quietud » interior » (50).

(47) Nota de Carrera á Las Heras de fecha 23 de agosto de 1814. (M. S. del Archivo General).

(48) Of. del Dr. B. Vera, diputado argentino en Chile, de fecha 13 de octubre de 1813. (M. S. del Archivo General).

(49) Of. de O'Higgins al enviado argentino Dr. Passo, de fecha 4 de agosto de 1814, antes citado. (M. S. del Archivo General).

(50) Nota de Las Heras á la Junta de Chile de 23 de agosto de 1814. (M. S. del Archivo General).

Mientras estas notas diplomáticas y militares se cambiaban, la guerra civil había estallado en Chile. Provocada en 1811 por la ambición de Carrera, y conjurada entonces, esta vez renacía por la misma causa. El Cabildo se pronunció contra la usurpación, y pidió el apoyo del ejército en campaña. O'Higgins en consecuencia marchaba con su vanguardia sobre Santiago para restablecer el gobierno depuesto. Carrera salía á su encuentro con el ejército de la capital. El enviado argentino ofreció su mediación amistosa á los beligerantes, y por indicación de la Junta intercedió con O'Higgins para que reconociese la nueva autoridad, á fin de evitar la guerra civil. O'Higgins declinó la mediación, refiriéndose á la decisión de una junta de jefes de su ejército que lo había autorizado y sometió la solución de la cuestión al Cabildo de Santiago que lo llamaba (51). Pocos días después (26 de agosto) los dos ejércitos se chocaban en el llano de Maipo, y por la primera vez la sangre chilena corría derramada por la mano de sus propios hijos. Carrera quedó dueño del campo de batalla. O'Higgins, llamando á sí el resto de sus fuerzas, se preparaba á renovar la batalla. La presencia de un parlamentario español, intimando rendición en nombre del rey á los patriotas de uno y otro bando, vino á suspender las hostilidades. Una nueva invasión venida de Lima, había desembarcado en Talcahuano (13 de agosto) á las órdenes del general Mariano Osorio, nombrado jefe de las fuerzas realistas en Chile, quien marchaba sobre la capital á la cabeza de cinco mil hombres bien armados y disciplinados, de los cuales formaba parte el batallón español de Talavera, mandado por el coronel Rafael Maroto, que había hecho la campaña de la península, y que debía dejar negros recuerdos en

(51) Of. de Passo de 1.º de agosto de 1814 y contestación de O'Higgins de 4 del mismo. (M. SS. del Arch. Gral.)

Chile. El virrey del Perú había desaprobado los tratados de paz de Lircay, y encargaba á las armas la pacificación del reino.

O'Higgins, abnegado como siempre, se dirigió á Carrera ofreciéndole reunir sus armas para dirigirlas contra el enemigo común, bajo la condición de nombrar un gobierno provisorio elegido por el pueblo; pero declinada esta proposición por Carrera, que ni en esos momentos podía olvidarse de su mando personal, se puso noblemente á órdenes de su rival, reconoció la junta establecida, y declaró que lo único que pedía era un puesto en que combatir. Ambos jefes se abrazaron en el mismo campo de batalla de la víspera, y dieron una proclama firmada por ellos, en que declaraban que « la muerte sería el término del que recordara las pasadas disensiones condenadas á un silencio imperturbable ». Carrera, como jefe superior del gobierno llamó al pueblo á las armas, desplegó gran actividad y energía para reunir hombres y recursos, consiguiendo formar un ejército como de cinco á seis mil hombres, de mala calidad, desmoralizados por la guerra civil, y no bien armados pero que regularmente dirigidos podían hacer frente al enemigo en buenas posiciones. Desgraciadamente, esta actividad unida al valor de O'Higgins, no daban un general.

En estas circunstancias, el enviado argentino se acercó á la Junta y ofrecióle en nombre de su gobierno una división auxiliar de 600 hombres de infantería con un escuadrón de caballería. La oferta fué recibida por el vocal Uribe, que reemplazaba á Carrera en la presidencia, con cierta desconfianza, quien al fin contestó con arrogancia, que lo que necesitaban no eran hombres sino fusiles. Lo que se necesitaba era una cabeza militar.

## XIII

Los dos generales reconciliados, á quienes estaba encomendada la salvación de la revolución, si bien animados de patriotismo, no se entendían entre sí en cuanto á planes militares. O'Higgins pensaba que debía sostenerse la línea del Cachapoal, apoyándose en la villa de Rancagua, situada sobre su margen derecha, la que según él eran las Termópilas de Chile. Carrera pensaba que las Termópilas estaban en la inmediata angostura de Payne, más á retaguardia, donde las dos cadenas de la cordillera que forman el valle central de Chile se estrechan y forman un desfiladero. Su colega le objetaba, que esta posición podía ser fácilmente flanqueada y aun dominada, y que existían otros caminos que conducían á la capital robando su retaguardia, en lo que tenía razón; pero su plan de sostener la línea del Cachapoal, no era mejor. El Cachapoal, á la sazón muy escaso de agua, era indefendible, y Rancagua como punto de apoyo y plaza fuerte no presentaba ninguna ventaja militar. Al fin cedió Carrera, pero sin abandonar la idea de fortificarse en Payne. El ejército se dividió en tres cuerpos. El primero, que formaba la vanguardia al mando de O'Higgins, fuerte de 1,100 hombres, con el segundo á órdenes de don Juan José Carrera, que constaba de 1,800 hombres, se acordonaron sobre el río. El tercer cuerpo, á cuya cabeza estaba don José Miguel, se situó á quince kilómetros á retaguardia, entre Payne y Rancagua. El enemigo franqueó en masa el pretendido obstáculo, sin encontrar resistencia alguna (30 de setiembre), y por un movimiento de flanco, se interpuso entre las divisiones de O'Higgins y Juan José Carrera y la de don José Miguel, obligando á los dos primeros á replegarse á Rancagua, donde

quedaron encerradas, con dispersión de parte de la caballería de la segunda. La combinación no podía dar otro resultado; pero el heroísmo rescató el error. Militarmente considerada, la defensa de Rancagua, es la operación de guerra más absurda de las primeras campañas de la independencia de Chile, sin exceptuar las desacertadas de Carrera; pero fué la más heroica, y sólo es comparable con el sitio de Chillán sostenido por los realistas, pero sin su éxito.

O'Higgins, estrechado en Rancagua, se fortificó en la villa á la cabeza de 1,700 hombres, y enarboló en sus trincheras banderas enlutadas en señal de duelo á muerte. Atacado por los cuatro vientos por cinco mil hombres (1.º de octubre de 1814), rechazó triunfalmente todos los ataques que le fueron llevados en el primer día del sitio, hizo una salida victoriosa contra los sitiadores destruyendo la principal de sus baterías, y sostuvo el fuego hasta el anochecer. Á esa hora empezaron á escasear las municiones de la plaza, y el agua de que se surtía le fué cortada por el enemigo. Los realistas habían experimentado pérdidas considerables, y la confusión era grande en su campo. Si en aquel momento el tercer cuerpo á cargo de don José Miguel Carrera los hubiese atacado por la espalda, tal vez la victoria se habría declarado por los patriotas. La comunicación entre Carrera y los sitiados estaba interrumpida; pero O'Higgins hizo llegar á sus manos una tira de papel en que le decía: — « Si vienen municiones y » la tercera división carga, todo es hecho. » — Carrera, según confesión propia, contestó con palabras decididas que no correspondieron á los hechos: « Municiones no pueden ir » sin bayonetas. Al amanecer hará sacrificios esta división. » Para salvar á Chile se necesita un momento de resolución. »

Al amanecer (2 de octubre) los sitiados esperaban con ansiedad el auxilio que podía salvarlos. La esperanza renació en ellos, cuando vieron avanzar hasta 1,700 metros del pueblo,

una división de 200 infantes y tres escuadrones de caballería con dos piezas, que obligaba á los sitiadores á concentrarse hacia la plaza. Era don Luis Carrera, á quien su hermano echaba por delante al frente de una vanguardia, para hacer una diversión, permaneciendo él á la distancia, en observación de los movimientos. Á esto se redujeron los sacrificios prometidos. Á las doce del día, la tercera división mandada por el general en jefe, daba la espalda á Rancagua. En esos mismos momentos efectuaba O'Higgins una salida parcial, con éxito feliz. Carrera para explicar su retirada, ha dicho que pensó que la plaza había capitulado, disculpa que lo condena, porque á la vez asienta, en contradicción con su promesa de « hacer sacrificios, » que sólo se propuso llamar la atención de los sitiadores para facilitar la evacuación de los sitiados, agregando para mayor contradicción, reveladora de las acusaciones de la propia conciencia, que nunca pensó en ir á encerrarse en Rancagua abriendo al enemigo el camino de la capital (52) en lo que tenía razón; pero debió pensarlo dos veces antes. Todo esto acusa la falta de ideas, y sobre todo, la falta del « momento de resolución para salvar á Chile, » que en la noche anterior él había prometido. Esto es todo lo que puede decirse en su abono, relevándolo del cargo de traición á su compañero de armas, con que algunos historiadores lo han estigmatizado. No supo ni prever ni pelear, y no pudo siquiera comprender, que perdido todo, mejor era perderse con honor que vergonzosamente, desde que de todos modos estaba perdido, como se perdió, sin gloria ni provecho.

O'Higgins, responsable principalmente de esta catástrofe, por sus grandes errores militares, lo pagó al menos con su

(52) Véase extractos del « Diario militar » de J. M. Carrera, en J. Bañados de Espinosa: « La batalla de Rancagua, » pág. 217-219.

persona, y tuvo la inspiración heroica del momento. Montó á caballo, y recorriendo las baterías, proclamó á los soldados : « ¡ Mientras haya quien muera, la patria no está perdida ! » Afirmando sus palabras, sostuvo treintidos horas el fuego. Á las 4 de la tarde del segundo día de sitio, estaba sin municiones y sin agua, la artillería casi inutilizada, y había perdido dos tercios de su guarnición. El enemigo iba ya á penetrar por las trincheras indefensas. Reuniendo entonces en el centro el resto de los defensores sanos de Rancagua, montó trescientos hombres en 280 caballos, y púsose á su cabeza. El capitán Ramón Freyre, que empezaba á señalarse por sus hazañas como guerrillero de caballería, formó un círculo de dragones en torno del general. O'Higgins le dijo apretándole la mano : « No, capitán Freyre ; V. es un valiente ; pero no puedo aceptar el puesto que me prepara. » Y levantando su sable, dió espuelas á su caballo y atravesó por el grueso del enemigo, gritando á voces : « Ni damos ni pedimos cuartel. » En esos mismos momentos la plaza incendiada en todas direcciones, era ocupada por los realistas. El teniente José Luis Ovalle, mantuvo izada la bandera nacional en medio de la plaza de armas, y cayó prisionero prostrado á lanzasos. José María Yañez que lo reemplazó, murió al pie de ella, defendiéndola. El capitán José Ignacio Ibieta, con las dos piernas rotas por una bala de cañón, defendía de rodillas el paso de la última trinchera, y despreciaba las ofertas de perdón, muriendo al pie de sus escombros. Así sucumbió la primera revolución de Chile, manteniendo en alto su bandera entre el fuego y la muerte.

El general Carrera, después de dar la espalda á Rancagua por creerla rendida, hubo de volver en su auxilio, según declaración propia, luego que sintió renovarse el fuego de la plaza, y da por disculpa para no haberlo efectuado, un aviso de que el enemigo se había posesionado de la Angostura, y que cuando se convenció de su falsedad, volvió á cesar el

fuego (53). Era que, como él lo sabía ya, las municiones faltaban, y habían faltado las bayonetas que según sus promesas debían llevarlas. Cuando tuvo la conciencia de que la derrota se había consumado, púsose en retirada hacia Santiago. Allí se le reunió O'Higgins, y con más ardor que juicio, propúsole sostener la línea del Maipo ; pero él solo se ocupaba en extraer los caudales públicos de la capital, que abandonó poco después, dejándola entregada al saqueo, en medio de vivas contradictorios del populacho al rey y á la patria. Su intento valeroso, pero tan vano como todos sus planes militares, era continuar la guerra en el norte, reuniendo en Aconcagua el ejército disperso para organizar la resistencia en Coquimbo. Previamente había ordenado que los Auxiliares Argentinos, tan ignominiosamente despedidos por él, marchasen á la costa de San Antonio — precisamente en la dirección que debía traer el enemigo — á fin de prevenir, según decía, un desembarco en ese punto (54). El comandante Las Heras, que con su tropa se encontraba en Aconcagua, emprendió en consecuencia su marcha al sur, y en la cuesta de Chacabuco encontróse con la emigración de Santiago, en fuga, hacia la cordillera. Retrogradó entonces, y unido con O'Higgins, á quien seguían los gloriosos restos de Rancagua, cubrió la retirada de los dispersos hasta pisar

(53) José M. Carrera : « Diario Militar » en la « Batalla de Rancagua » de J. Bañados y Espinosa, p. 219.

(54) Ofi. de Carrera á Las Heras, de 3 de octubre de 1814. (Pap. de Las Heras. M. S.) El sesudo historiador chileno Barros Arana, dice, en su « Hist. de la Indep. » t. III, p. 95 : « Según conversación con el General Las Heras, su creencia y la de sus oficiales fué siempre, que la orden de Carrera para que los Auxiliares Argentinos marchasen á la costa de San Antonio, al día siguiente de la batalla de Rancagua, sólo tuvo por objeto colocarlos en aquel punto para llamar la atención de los realistas, ó sacrificándolos, mientras él y los suyos seguían su retirada hacia el norte. » Barros Arana tuvo á la vista los documentos autógrafos del Archivo de Las Heras, lo mismo que nosotros.

territorio argentino (55). Carrera, en desordenada retirada, se dirigió al pueblo de Santa Rosa al pie de los Andes (9 de octubre de 1814), á la cabeza de 400 ó 500 hombres y una árrea de mulas cargadas de plata. El 11 se internó en los desfiladeros de la montaña perseguido de cerca, y en el último encuentro de su retaguardia en la ladera de los Papeles, perdió todo el tesoro que conducía. El 13 trasmontó la cumbre de la cordillera nevada y pisó territorio argentino en medio de la oscuridad de la noche, despidiéndose por siempre de la patria, que no volvió á ver más. Así terminó el primer período de la revolución chilena, que se llamó « el » tiempo de la patria vieja. » La patria nueva, sería la que fundarían más tarde los chilenos y argentinos aliados, para levantar del polvo de la derrota las banderas de Rancagua, y pasearlas en triunfo por la América hasta la línea de Ecuador.

(55) Ofi. de Las Heras á San Martín de fecha 16 de octubre de 1814 en Uspallata, en que le dice : « El 13 (de octubre) persiguiendo el enemigo » nuestra retirada, subió hasta la cima de la cordillera con 50 fusileros, » dejando al pie una reserva de 250 de igual clase, y un número consi- » derable de lanza : allí permaneció hasta la oración, y después se retiró á » la casucha de las Calaveras, llevándose las cargas de armamento, mu- » niciones, víveres y algunos equipajes que por la dificultad de la huella » no se pudieron salvar ». (M. S. del Arch. Gral.) Gay, historiador oficial de Chile, confirma esto mismo, diciendo : « Según conversación » con don Bernardó O'Higgins, el batallón de Auxiliares de Buenos Ai- » res á las órdenes de su bizarro comandante Las Heras, fué con el » único que sostuvo esta retirada. » « Hist. fis. y pol. de Chile. » t. VI, p. 140 (nota). — En una presentación de los emigrados chilenos dirigida á San Martín en Mendoza en 1814, se dice lo siguiente : « Es induda- » ble que la salvación de los pocos emigrados que suscribimos, es debida » solamente á la división auxiliar de esta provincia que infundía respeto » al enemigo por su posición en las gargantas de la cordillera, que á no » ser esto todos perecemos. » En honor de la verdad debe decirse, sin embargo, que el último combate de la retirada, fué sostenido por la fuerza de Carrera.

## CAPÍTULO IX

CUYO

AÑO 1814-1815

La región de Cuyo. — Mendoza, San Luis y San Juan. — La sociabilidad cuyana. — Sus antecedentes políticos. — Primeras relaciones entre San Martín y el pueblo cuyano. — Relaciones de San Martín con Chile. — Los emigrados chilenos. — Diferencias entre San Martín y Carrera. — Disolución de los emigrados chilenos. — Alvear y Carrera. — Destitución de San Martín por Alvear. — Revolución municipal de Cuyo. — Caída de Alvear. — Papel complejo de San Martín en esta ocasión. — Explicación de su genio concreto. — Exalta el espíritu militar de Cuyo. — Crea un ejército y recursos para sostenerlo. — Originalidad de su plan cooperativo financiero-militar. — Sacrificios que impone á Cuyo. — Anuncio de la expedición de Morillo. — Vida de San Martín en Mendoza. — Explicación filosófica de su genio. — Un día de trabajo de San Martín. — Anécdotas características en Cuyo. — Enfermedades de San Martín. — La derrota de Sipe-Sipe. — San Martín revela por primera vez su plan de reconquistar á Chile. — Brindis famoso.

## I

La región que en la historia se conoce bajo la denominación genérica de Cuyo, teatro de los sucesos que vamos á narrar, es el territorio que se extiende á la falda oriental de la cordillera entre los 31° y 35° de latitud austral, limitado al Este por los últimos relieves orográficos que diseñan los contornos en su conjunción con las llanuras argentinas á los 66° de